

Los cuentos tradicionales en Ciudad Real

Julio Camarena Laucirica

Para nadie es un secreto que los cuentos de tradición oral están desapareciendo. Desterrados de las ciudades, incluso en las zonas rurales, con la televisión y demás diversiones actuales, los cuentos han sido desplazados de las reuniones familiares y de vecinos. Bueno, esto es lógico; es el tránsito de una sociedad agrícola a una sociedad industrial, en la que, junto a importantes logros, tenemos que renunciar a cosas también importantes.

Pero, ¿es qué es interesante que no desaparezcan los cuentos de tradición oral?

LA IMPORTANCIA DE LOS CUENTOS DE TRADICIÓN ORAL

A pesar de que este artículo, por su necesaria brevedad, no es el lugar adecuado para entrar en el terreno de la teoría de los cuentos, no quiero dejar pasar la oportunidad sin citar brevemente dos ideas

1.— **Los cuentos**, por lo menos los maravillosos y los de animales, **son un tesoro cultural de un pasado remoto**. A pesar de que hay numerosas teorías que divergen profundamente, todas coinciden básicamente en un punto: son herencia del período de las sociedades ágrafas o, dicho de otra forma, del período de los clanes preagrícolas. En este sentido, nadie duda del emparentamiento de muchos cuentos maravillosos con mitos tales como los de Eros y Psiquis, el de Danae, el de Tobías o tantos otros. Para dar una posible idea de la antigüedad de los cuentos de animales baste recordar que muchos de los que se cuentan actualmente se pueden encontrar en colecciones tan antiguísimas como los Jatakas, el Panchatantra, las Fábulas de Bidpai, las de Esopo o, más recientemente, en el Calila y Dimna.

2.— **Son un elemento importantísimo en la maduración personal de los niños**, desde luego, insustituible antaño, cuando apenas existían otros vehículos de cultura. En opinión de Bruno BETTELHEIM, aparte de una lectura superficial de los cuentos maravillosos que nos hablaría de crueldades pavorosas, de personajes irreales —o absolutamente buenos o absolutamente malos— de princesas, aristócratas, de la promoción individual, etc., aunque nos hablen de todo esto, existe una lectura paralela y más profunda: son una oportunidad excepcional para enseñar al niño las ventajas de la conducta moral —no a través de conceptos éticos abstractos (con palabras como bondad, justicia, perseverancia, decisión, etc.), sino a través de lo que aparece en el relato como manifiestamente correcto y, por ello, lleno de significa-

do para el niño—. Por otra parte y dentro de ese mensaje paralelo mencionado antes, los cuentos populares son también un elemento importante en la formación del carácter: aunque el protagonista sea el menor o el más tonto de los hermanos, si no huye, si no que se enfrenta con las privaciones inesperadas y a menudo injustas, si no se arredra ante la salida del hogar paterno, sino que abandona temores y dependencias propias de estadios menos maduros, a la postre, fuerzas benévolas acudirán en su ayuda y vencerá. Las otras cuestiones, la de que las personas no son totalmente buenas ni totalmente malas, la de que el desclasamiento individual no es la solución para la inmensa mayoría, etc., todo eso son temas que ya aprenderá el niño en una fase posterior, cuando haya adquirido una personalidad relativamente firme.

Estos sutiles mensajes serían, para el autor citado, la razón por la que todos los padres del mundo han recordado y luego transmitido los argumentos que surgieron en épocas tan remotas.

LOS CUENTOS POPULARES EN CIUDAD REAL

A pesar de lo dicho al principio sobre la desaparición paulatina de los cuentos, todavía es posible encontrar en la provincia de Ciudad Real amplias zonas donde los cuentos son todavía algo tan vivo como para que personas de cualquier edad tengan al menos un par de ellos en su repertorio. Me estoy refiriendo sobre todo a los pueblos del partido judicial de Villanueva de los Infantes (Santa Cruz de los Cáñamos, Almedina, Terrinches, Puebla del Príncipe, etc.) y, en menor medida, a los del partido judicial de Piedrabuena.

Por el contrario, las zonas de pueblos grandes, como puede ser la del partido judicial de Alcázar de San Juan, conservan muy mal las tradiciones orales; no así otras manifestaciones folklóricas, como canciones y danzas. Aunque quizás esto último sea debido, más que nada, al esfuerzo de reducidos grupos de personas que han investigado, transmitido e incluso publicado libros o discos sobre estas dos facetas.

Las valoraciones anteriores son producto de una detenida investigación en 30 municipios, pertenecientes a seis partidos judiciales distintos, en los que han sido grabados por mí unas seiscientas cincuenta narraciones (además de romances, villancicos, oraciones, coplas, supersticiones, etc.) y, aunque aún no se ha dado por concluida esta tarea, ni, por supuesto, las de transcripción, clasificación, cuantificación del material recogido y comparación con versiones re-

cogidas en otras zonas y países, si se pueden adelantar algunas conclusiones.

La más evidente es que, como era de esperar, no cabe hablar de cuentos específicos de Ciudad Real; casi todos los cuentos recogidos se pueden encontrar en Extremadura, Andalucía o, incluso, en Alemania o Italia. Y digo que casi todos, porque de algunos no he encontrado otras versiones; si bien esto podría ser debido a otra causa: algunas de las colecciones consultadas no son suficientemente completas.

Conociendo de antemano la universalidad de los temas folklóricos, ¿qué interés tiene realizar una investigación específica en la provincia de Ciudad Real? Por una parte, la ya mencionada de que algunos de los cuentos recogidos son verdaderos hallazgos, posiblemente únicos hasta el momento; una segunda razón es la de que los diversos tipos, sobre todo los de los cuentos maravillosos, se suelen componer de varios motivos —a veces muchos—, de tal forma que un mismo tema puede presentar variantes muy distintas, hasta casi parecer un cuento totalmente diferente, en función de la inclusión de otros motivos distintos y perfectamente integrables en el argumento; es precisamente esta gran posibilidad de variantes, que se suelen diferir según las zonas, la razón de ser de la investigación emprendida. Todo lo anterior ha de situarse en la óptica, ya dicha, de que los cuentos de tradición oral son un tesoro cultural de épocas remotas que está desapareciendo paulatinamente.

LOS CUENTOS MAS USUALES

La escasa especificidad a que aludía anteriormente queda de manifiesto efectuando un rápido repaso a los cuentos más usuales dentro de cada grupo:

- 1.— Entre los cuentos maravillosos, los más difundidos son: los del tipo de las **doncellas cisne** (tipo 313 de AARNE-THOMPSON), más conocido en España como "Blancaflor, la hija del diablo"; los del tipo de la **muchacha de la naranja** (tipo 408), que se puede encontrar bajo el título de "La negra y la paloma" o cualquier otro título relacionado con dicha fruta; los del tipo del **caballo ayudante** (tipo 531), como el del tema que presento a continuación; los del tipo de los **tres hijos dorados** (tipo 707) y sus afines la **doncella sin manos** (tipo 706), **piel de asno** (más conocido en la zona estudiada como "Periquillo Corchuelo", tipo 510-B) y **como la sal de la comida** (tipo 923); los del tipo del **ogro con la vida eterna** (tipo 302); también, ¿cómo no?, hay que señalar la frecuencia del cuento de **La Cenicienta** (tipo 510-A), en sus distintas variantes; por último hay que destacar como frecuentes los temas conexos con el mito de **Eros y Psiquis** (tipo 425).
- 2.— Son asimismo abundantes los cuentecillos, o cuentos de chanzas, en torno, fundamentalmente, a tres temas que universalmente suscitan una amplia variedad de anécdotas y desatinos: los cuentecillos sobre tontos, sobre curas o sobre desavenencias conyugales. Aparte de éstos, luego existen otros muchos, (de sacristanes, bea-

tas, soldados, tramosos, etc., etc.) en torno a los cuales tradicionalmente se han desarrollado escenas humorísticas.

- 3.— El cuento de animales más frecuente es aquel en el que **la zorra y la cigüeña se invitan a comer gachas mutuamente** (tipo 60 AARNE-THOMPSON) seguido de **las bodas en el cielo** (¿tipo 225?). En realidad, las aventuras de la zorra, también las contenidas en el famoso "Roman de Renart", se cuentan en casi todos los pueblos; en cuanto se pregunta: ¿y no sabe usted cuentecillos de zorritas o de lobitos que hablaban?, enseguida salen o el cuento de **la zorra que se hace la muerta y roba peces** (tipo 1) seguido, por lo general, de que **el lobo pesca con el rabo** (tipo 2), o el cuento de **la zorra que finge que se le salen los sesos** (tipo 3) seguido del episodio en el que **el lobo carga a la zorra sobre su lomo** (tipo 4). También es muy común el cuento **del lobo que se metía donde no le llamaban** (¿tipo 122-A?).

Entre los cuentos de animales de otro tipo hay que señalar la difusión excepcional de **la hormiguita que se casó con el ratón** (es el mismo argumento que el de la ratita presumida), el del **medio pollito** (tipo 715) y el de **los animales vagabundos** (los animales en alejamiento nocturno, tipo 130).

Otra conclusión es que algunos cuentos de la colección de los Hermanos GRIMM, se han integrado en la corriente popular, especialmente **Los siete cuervos, los tres pelos del diablo, los siete cabritos y el lobo, el hermano corzo** y a algunas versiones de **La cenicienta**.

LAS MANTECAS DEL REY HIJON (Tipos 531 + 329 de AARNE-THOMPSON)

Esto era un conde; le llamaban el Conde El Armao. Bueno; pues aquel hombre cayó enfermo y, al caer enfermo, pues traían médicos de todos sitios a ver si daban con la enfermedad de él, y nadie daba con ello. Ya trujeron un médico de... largas tierras, de fuera, de muy lejos; y vino aquel médico y le estuvo visitando y dijo que no podía ser curado aquel hombre como no fuera dado con las mantecas del Rey Híjon; ¡haber quien sabía donde estaba ese hombre!

Pero tenía un hijo mozo, el conde. Dice:

— Pues yo voy a correr vida por ahí, a ver si diera con él; a ver si pudiera dar con él pa matarle y traeme las mantecas.

Bueno; pues salió, se la preparó él... porque como estaban en buena disposición y eso, pues cogería el dinero que quisiera, o lo que fuera, y montó en su caballo; arreó, salió de su casa, de su pueblo y, ya que iba retirao, por el monte, se encontró a una vieja..., una viejecita que venía con un caballo del ramal; no podía montar en él porque estaba sequito, se tambaleaba él solo. Y le dice la vieja al mozo:

— Oy, jovencito, ¡si me cambiara usted su caballo por el mío, —dice— que no puedo montar en él...!

Y dice:

— Mire usted, señora, que yo no llevo un viaje largo, que

no sé ande iré, y ese caballo no va a llevarme ande yo quiero.

— Ay, si me le cambiara usted, —dice— ¡cuánto me lo agradecería! —le dijo la vieja.

Pues dijo:

— No, no; no puedo.

Pegó un espolazo al caballo y salió tirando; y la vieja se quedó ella solita, con su ramal tirando para abajo. Pero ya, más adelante, le dió un revuelo el corazón; se vuelve corriendo atrás, dice:

— ¡Eh! ¡Abuelita! ¡Abuelita! Tenga usted mi caballo y cinco duros para que coma usted.

Pues fue él mismo y montó a la vieja en su caballo; y él fue a montar en el otro y, al agarrarse así a la crin pa subir arriba, se tambaleaba el caballo. Tiró allí dos o tres voleos y ya montó.

Sale el caballo... ¡no tocaba con las patas al suelo! ¡Que aquello es que volaba! Y ya llegó el caballo, sin poderle detener ni na, llegó a la orilla del mar. Ande, había una ballena en la orilla del mar dando las bocanás ya por farta del agua. Pues dice:

— Mira ese probecillo animal; —dice— está ahí, con las ansias de la muerte por no poder ir al agua.

Pues fue y se bajó él del caballo, y fue y, a vuelcos, a rempujones, le echó al mar. En cuanto cayó al mar, el animal pues salió nadando, ¡a ver! Y se fue.

Monta en su caballo, arrea al caballo, sin detenerse, y pasó por el mar; y le daba el agua a la rodilla al caballo; y ya pasó al otro lao. Pues ya que pasó al otro lao, iba él caballero en su caballo, ande viene una águila...

— ¡Hiiuu! ¡Hiiuu —le quería quitar el sombrero.

Dice:

— Probecito animal; este animal tiene que tener hambre.

Echó mano a la merienda, sacó una tajá de chorizo, se la puso así...; al pasar el águila la cogió y se la llevó.

Pues nada; sigue su camino adelante ande, luego ya más adelante, una zorra se cruzaba por delante del caballo, pallá y pacá...

— Este animalito tiene que tener hambre.

Echa mano, partió un pan por medio y le echó la mitá al suelo. La zorra, en cuanto cayó el pan, le cogió y se le llevó.

Bueno; pues ya hizo aquellas dos operaciones y siguió adelante. El, más que haciendo preguntas, a ver ande estaba el Rey Hijón ese y todo eso. Ande, yendo por un terreno que no le podían cultivar ni entrar pallá nadie, por una fiera que había allí, se encuentra una herradura de la fiera aquella que andaba allí, en el terreno aquel. Y entonces fue cuando oyó él al caballo. Dice:

— Mira, ¿y eso? —dice— ¿qué será eso?

Se baja a por ella y entonces el caballo le dice:

— Niño, no cojas eso, que va a ser tu perdición.

Se queda mirando...; dice:

— ¡Anda! Ahora habla el caballo también. —Pero él no hizo caso— ¡Qué sabrá esto!

La echó en las alforjas. Se monta en él, sale otra vez... y

más adelante se encontró una carta; se encuentra la carta y dice:

— ¡Coño! Una carta que hay aquí.

Se baja del caballo a por la carta. Dice:

— Niño, no cojas eso, que va a ser tu perdición.

Y fue, la cogió y la metió en las alforjas también. Pero llegó al pueblo ya aquel. Llega al pueblo, a la posá, toca a la puerta...

— ¿No se puede parar aquí a dormir?

— Pues sí señor, aquí esto es para eso nada más.

Pues nada; mientras él metió el caballo a la cuadra, el... el que estaba allí, el posaero, fue le registró las alforjas. Lo primero que le presentó fue la herradura. Viene de la cuadra. Dice:

— ¿Y esto? ¿De dónde le ha venío a usted?

Dice:

— Pues mire usted, yo venía mi caminó adelante, me la he visto y la he recogío.

Dice:

— Pues como no traiga usted a la fiera aquí, muerta o viva, —dice— le matamos aquí.

¡Mecachi en diez! Al decirle aquello... se arrancó a llover, se fue a la cuadra, ande estaba el caballo, y dice el caballo; dice:

— Niño, ¿qué te pasa?

Dice:

— Ay, bien decías tú que la herradura iba a ser mi perdición.

Dice:

— Bien te lo decía yo; —dice— pero, en fin, monta en mí y déjame caminar.

Saca el caballo, se monta en él, salen... a la cueva donde estaba la fiera. Estaba en una cueva metía, acostá allí. Dice:

— Mira; ahí está la fiera, dormía. Coge el trabuco en la mano derecha, y en la izquierda un palotito; la pones el trabuco en el oído, según está acostá, y la pinchas con el palotito y, al despertar,, la disparas.

¡Coño! Que acertó y la mató. Sale pa fuera; dice:

— Ya está muerta, —dice— pero ¿y quién la lleva?

Dice:

— Atala de su cola a la mía, y monta en mí y déjame caminar.

Nada; la ata de la cola del caballo, sale el caballo con la fiera arrastras, llegaron allá... ¡tras, tras!

— ¿Quién?

— El hijo del Conde El Armao con la fiera muerta.

¡Muchacho! ¡Allí se le comían! De contentos que estaban ya, porque ya quedaba aquel terreno libre.

Pues nada; se mete a meter su caballo... cuando salió otra vez, le sacan la carta; que era la carta de la Reina Sabiduría, ¡que era la novia del Rey Hijón! Que era el que iba buscando él. Bueno; pues viene de la cuadra... Dice:

— Niño, y esto ¿de dónde lo traes? ¿Quién te ha dao a tí esta carta?

Dice:

— Pues mire usted, que venía caballero en mi caballo, la vide en el suelo y la he cogío.

Dice:

— Esta es la carta de la Reina Sabiduría, la novia del Rey Hijón. Como no la traigas aquí te matamos a tí —le dijo el posadero otra vez.

Pues nada; se va otra vez a la cuadra a contárselo al caballo. Dice:

—Bien te lo decía yo, que me vas a hacer de andar más que quería. —Dice—. Pero, en fin, monta en mí y déjame caminar.

Salió, monta en él, sale... al pueblo de la Reina Sabiduría, ¡que era la novia del Rey Hijón! Ya que llegaron allí, llegan a la puerta, tocan a la puerta...

—¿Qué desea usted? ¿Qué...?

—Mire usted; yo me he encontrao una carta que, por lo visto, es de usted, y me han dicho que si no la llevo, muerta o viva, que me matan a mí; y yo vengo a por usted.

—Pues fíjese usted entos esos hay ahí pinchaos. Yo tengo el derecho... usted se va a esconder tres noches, donde usted quiera, y si de las tres noches hay una que no le encuentro, me tengo yo que casar con usted; pero si acierto las tres, le mato yo aquí.

Pues nada; se fue al caballo, se lo cuenta...; dice:

—Pues mira, esta noche, cuando te mande que te vayas a acostar, vamos a ir a la orilla del mar y va a salir la ballena que le diste la vida, y aquella te va a tragar; te llevará a dormir a lo más profundo del mar.

Pues nada, hicieron aquella operación; se fueron allí. Sale la ballena, se le tragó y se le llevó; y el caballo allí, esperando a que saliera otra vez...; ¡como luego tenía que salir para por la mañana presentarse a la reina otra vez...!

Llegan y...

—¿Qué? —dice— Bien sé ande ha dormío usted; ha dormío usted en lo profundo del mar, metío en la barriga de una ballena.

Dice:

— Pues sí, señora.

Dice:

— Pues ya lleva usted una.

Luego ya llegó la noche otra vez. Dice... se lo dice al caballo; dice:

— Ahora va a venir aquella águila que la diste el cacho chorizo, y te montarás en ella y te va a llevar a dormir junto al cielo.

Bueno; pues viene el águila cuando llegó su hora, que ya la reina le mandaba que se fuera ya a acostar, ande quisiera; viene el águila, se montó en ella y se lo llevó. Pues nada; aquella noche... ella cuando iba a acostarse era cuando le buscaba...

— ¡Por los cielos! ¡Por la tierra! ¡Por los mares!...

Y en los cielos le encontró.

Bajó por la mañana. Dice:

— ¡Vaya! Que esta noche ha dormío usted en un colchón de plumas, —dice— ha dormío usted blandito.

— Pues sí señora; es cierto.

— Pues una le queda.

Ya llevaba dos noches que le había acertao. Llegó la otra noche, le manda acostarse... y se fué, y el caballo dice:

— Mira; ahora va a venir aquella zorrilla que la echaste el cacho pan; —dice— ahora va a venir, le vas a arrancar un pelito, te vas a la puerta de la reina, de la habitación, y cuando veas un poquito claro, te metes; y te vas a meter a dormir entre los almohadones de la cama. Tú no tienes que hacer más que... llegas y te vuelves lagarto, y te metes a dormir debajo de su cabecera.

Nada; llegó la noche y empuencia la reina a buscarle por los cielos, por las tierras, por los mares, por tos sitios, y ¡que si quieres! Que ya salió por la mañana, dice:

— ¡Vaya! —dice— ¡Que esta noche no me ha encontrao usted!

Dice:

— Pues no, no; no sé donde ha podido haber estao.

Dice:

— Pues bien la he estao oyendo to lo que ha estao usted diciendo. —Dice—. Yo he dormío entre los almohadones de su cama.

Dice:

— ¡Será verdá!

— Nos podemos retirar donde usted quiera, —dice— pero que yo me tengo que casar con usted.

Pues nada; ya pues pillaron paso, cogieron... y en el camino fue ande le contó ella que era la novia del Rey Hijón; dice:

— Yo soy la novia del Rey Hijón...

Ya le contó él to lo que llevaba por delante, que era sacarle las mantecas pal Conde y todo eso.

Pues nada; llegan allí... ¡tras, tras!

— ¿Quién?

— El hijo del Conde El Armao con la Reina Sabiduría.

Al decir la Reina Sabiduría, el Rey Hijón, que estaba allí viviendo, pues... ¡tan contento!

Pero ella le advirtió; dice:

— Mira; yo, mañana, de día, voy a poner una hoguera ahí, en la calle; voy a poner una caldera de aceite cociendo, cogeré esta flor... el primero que se tire a por esta flor se casará conmigo. Y sé yo a fondo que es el rey el que se va a tirar... ¡y a estar preparao!

Nada; pone la lumbre allí y, ya que estaba el aceite hirviendo, cociendo, se pone la reina así, a un lao, y dice :

— El primero que se tire a por esta flor, se casará conmigo.

El rey, de cabeza; en cuanto entró en el aceite pues... ¡a ver! Ellos, que estaban preparaos, le rajan, le sacan las mantecas, montan en el caballo... ¡cualquiera echaba detrás del caballo luego! Pa cogeles; salieron tirando.

Cuando llegó a su pueblo estaba su padre en lo último ya, expirando ya. Llegaron y estaban los médicos allí, redondeaos a él; le cogieron, le dieron con las mantecas y enseguida se puso bueno. Pues al ponese el conde ya bueno, pues fueron y... dice:

— Pues nada; —dice— a tratar de casalos.

El se dejó el caballo en su casa, con muchos criaos allí pa que le asistieran al caballo lo mejor que pudieran; si no quería una cosa, echar de otra. Bueno, pues el acompañamiento, tos juntos,... a la iglesia, a casarse. Al entrar en la iglesia, él, el muchacho aquel, le dió una cosa, un revuelo, y se vuelve; y dejó allí a to el personal. Llega a su casa, entre a la cuadra y está el caballo dándose porrazos allí, contra las paredes. Regañó allí a los que había dejao él asistiéndole.

— ¿Pero qué habéis hecho con él? —en fin, regañando con ellos, con los asistentes que había dejado.

— Pues mire esté, nosotros no hemos hecho na.

Pues nada; cuando va a salir pa fuera y, en mitá la casa, se encontró con la vieja; dice:

— Tenga usted su caballo y déme usted al mío, y cinco dueros que me regaló usted, —dice— que ya le he sacao de los apuros que llevaba usted.

Y se acabó.

¿Yo? No. Me dieron unas alpargatillas de manteca, pa venime andando yo luego y, como hacía calor, pues se derrieron en el camino. Llegué aquí descarzo y to.

OTRAS VERSIONES

Entre las versiones recogidas en España, sólo he localizado dos a pesar de que se trata de uno de los cuentos complejos difundidos en la zona investigada (hasta ahora he recogido cuatro variantes de este tema: dos en Almedina, otra en Luciana y la presente).

Las otras versiones españolas son "Bella-Flor", de FERNAN CABALLERO, y "El Príncipe Español" de Aurelio M. ESPINOSA (n.º 140 de sus "Cuentos populares españoles, etc.").

Comentario bibliográfico

de «Cestería Tradicional Ibérica», de Bignia Kuon i.

Ma. Elisa Sánchez Sanz

Con el libro titulado "Cestería Tradicional Ibérica", su autora, Bignia Kuoni, ha llenado el gran vacío que el estudio de la Cestería presentaba en España. Ediciones del Serbal, de Barcelona, ha realizado un gran esfuerzo para presentarnos una obra de gran envergadura, cuidada en sus mínimos detalles, con una selección de fotografías y dibujos, impecable, que nos introduce en el detalle escueto, exacto y minucioso de cualquier pieza. El libro fue presentado en Madrid en diciembre de 1981.

La obra, la magna obra sobre cestería que todos esperábamos de Bignia Kuoni, abarca temas españoles y portugueses por igual —de ahí su denominación de ibérica—, con 328 páginas sabrosas que nos deleitan con su forma de decir.

Unas pinceladas históricas nos aproximan a los orígenes de la cestería que la autora esboza apoyándose en los hallazgos arqueológicos, en las cerámicas griegas, en las pinturas rupestres, en los mosaicos, o más tarde en las ilustraciones medievales tanto en

Al-Andalus como en la España Cristiana, en los retablos, en los capiteles o en los grandes maestros de la pintura.

Pero pasados estos capítulos, la autora se adentra de lleno en el estudio del medio ambiente, para mejor hacer nos comprender las diferencias climáticas y de vegetación que se dan en la Península Ibérica. El frío, el calor y el régimen de lluvias va a condicionar un tipo de vegetación distinto en cada zona geográfica. Así, la madera, trabajada en varas o en tiritas, va a ser característica de todo el noroeste peninsular. El esparto, tanto cocido como crudo, se ha empleado para realizar cualquier pieza, casi todas, en las zonas levantinas y meridionales. La paja, tanto de trigo como de centeno, ha dejado objetos tan bellos como sombreros o cestos de costura, estando extendida por todo el centro cerealista de la Península. Los mimbres, las cañas, los juncos y las aneas, siempre aparecen en lugares húmedos, en las riberas de los ríos, de las acequias o en terrenos encharcados, encontrándose por todo el territorio peninsular y, con estas fibras

se han hecho los cestos más dispares para los trabajos agrícolas. Las palmeras, en el este peninsular, permiten confeccionar las más bellas palmas del Domingo de Ramos.

En un siguiente apartado, el de "LOS MATERIALES Y SUS FORMAS", Bignia Kuoni, nos conduce a "El mundo perdido de la paja" del campo ibérico donde "siguen siendo los cereales los que convierten la tierra, cada año, en "lienzo de oro" y, después de la siega, en "el rostro seco de Castilla", en palabras de Machado y Neruda". Trata este tema con un cariño muy especial para referirse al centeno y al trigo. Diferencia los cestos hechos con técnica de espiral, de paja de centeno cosida con tiras de corteza de zarza o abedul, trabajados por hombres, con la que se hacen las grandes piezas panzudas donde se guarda el grano o los escriños para la masa del pan o los "kampasak" o pequeños graneros de los caseríos vascos. Y la diferencia porque, además, "en manos de las mujeres las pajas se convierten en castillos dorados de imaginación y fili-